

perto en el Risorgimento italiano- fue uno de los representantes importantes de ese movimiento en el siglo XVIII, caracterizándose fundamentalmente por sus ideas federalistas y su seguimiento del pensamiento utópico francés.

Residente durante gran parte de su vida en Francia, allí entró en contacto con las ideas de Saint-Simon y con las personas de Proudhon y Leroux, con el primero de los cuales compartió muchas de sus ideas.

En el primer capítulo, Schiattone expone los datos fundamentales sobre la vida de Ferrari, su formación en Milán y en Pavia -de cuyas universidades fue profesor-, la influencia del pensamiento poco difundido de Vico y su traslado a París, donde a través del esteticismo se acerca a Proudhon antes de regresar a la Italia de Garibaldi y Cavour, en la que fue diputado.

Pero el grueso del libro está dedicado a las ideas de Ferrari; en primer lugar, a su formación y ubicación filosófica y luego, en sendos capítulos, a las ideas políticas y su relación con el Risorgimento, a los presupuestos teóricos de su proyecto federalista, las características "utópicas" del mismo y a su relación con el "sentido de la historia" de su autor.

Schiattone concluye con un interesante capítulo destinado a plantearse -en estos momentos tan particulares de la política italiana- la "actualidad del proyecto" federalista y en este aspecto no duda que "la idea clave es que la solución de los problemas del mundo está ahora y siempre en el pequeño Estado, el Estado regional... La solución de los problemas del "grande" están en el pequeño" (p. 169).

La amena redacción y la seriedad del aparato erudito garantizan al lector interesado en esta temática el encontrarse con un aporte de verdadero interés y valor.

F. H.

## UNA VISIÓN DEL MUNDO ÁRABE

"LA CONSPIRACIÓN. EL TRAUMA DE LA POLÍTICA ÁRABE", DE BASSAM TIBI  
ED. HERDER, BARCELONA, 1996. 374 PÁGS.

El autor de este sugestivo ensayo es un catedrático de origen árabe (sirio) -nacionalizado alemán- que ejerce en la Universidad alemana de Göttingen y es docente en Harvard; a la vez que conocido especialista "europeo" en el Próximo Oriente y comentarista del Frankfurter Allgemeine Zeitung y de la cadena ZDF de la televisión alemana.

El objetivo de este libro suyo consiste en tratar de explicar racionalmente el sentido profundo de la política árabe, entendido como señala en el subtítulo como "un verdadero trauma". En este aspecto Tibi no duda que todo ese complejo tema se puede sintetizar, para sus congéneres árabes, en una palabra: al-mu'amarah, o la conspiración.

Para demostrar su tesis el autor reúne una serie de interesantes y documentados trabajos suyos sobre distintos países y problemas de la última década en el mundo árabe, con especial referencia a la temática del fundamentalismo, terminología puesta de moda por el periodismo norteamericano desde la caída de la U.R.S.S. y el "enemigo soviético". Puede resultar de interés recordar que esta palabra no nació del Islam, sino que tuvo su origen en Estados Unidos de América y resurgió con el neo-conservadorismo durante las presidencias de Ronald Reagan y George Bush.

El autor comienza tratando de descifrar el "síndrome de la conspiración" –que considera equivalente al concepto de conflicto en Occidente– y que define como la estructura "profunda" del mundo árabe y de sus conflictos. Tibi no duda que para los pensadores árabes –y los musulmanes en general– se trata de la antigua lucha contra Occidente (el Gharb).

A su vez, destaca la importancia que para los árabes musulmanes asume el pensamiento colectivo (la umma), así como desconocen el individualismo moderno occidental. Aclara que ellos usan ese mismo término para reemplazar el inexistente concepto de "nación", cuya realidad se limita a "tribus con banderas nacionales", o más exactamente aun, "clientelas agrupadas por regiones o etnias". Por ello –concluye–, para los árabes la política se entiende como una lucha tribal, con intervención de "oficiales golpistas" desde post-guerra. Por ello no se tiene el poder por un período determinado sino que se conquista para conservarlo (el tan mentado despotismo oriental).

De este modo, las naciones árabes son sólo Estados artificiales fabricados por Occidente sobre los restos del Imperio Turco y con unas fronteras trazadas arbitrariamente (por ejemplo el caso iraquí y la lealtad gubernamental de los integrantes del clan takrit). El autor agrega que de la misma manera que la nación, los dirigentes árabes han fabricado un inexistente "Estado árabe".

Tibi sostiene la tesis que el Islam hubiera permanecido subdesarrollado si no lo hubiesen colonizado. A decir verdad el autor no parece darse cuenta que sigue subdesarrollado, pero ahora con mucho menos petróleo.

En su propia versión "conspirativa", el autor sostiene que el "moderno Estado nacional laico" (p. 14) –cuyo modelo europeizante evidentemente propugna– choca con el naciente fundamentalismo que propugna una teocracia (hakimiyat Allah) desde las mezquitas.

Tibi no duda que "el mayor defecto de la política árabe es la ausencia de de-

mocracia" (p. 14) y que "la combinación del clásico despotismo oriental con modernos instrumentos de poder genera una modalidad de totalitarismo contemporáneo cuya aspiración universalista no se limita a la región en crisis del Próximo Oriente" (p. 100). Para él -educado en el iluminismo europeo- no caben dudas que en el mundo árabe falta la secularización que hubiera separado política de religión (o sea están en un estado evolutivo subdesarrollado). Agrega que la escasa instioutionalización fomentó el personalismo y la aparición de líderes carismáticos (la tesis de Weber), señalando que "los regímenes militares que iban ocupando el lugar de los sistemas políticos destituidos, generalmente no lograron mejoras, sino que instauraron formas de despotismo oriental con técnicas de gobierno adecuadamente modernizadas. Del fracaso de todos los modelos de desarrollo del Estado nacional en el Próximo Oriente surgió el fundamentalismo islámico" (p. 116). El autor se ocupa de aclarar que no todos los musulmanes son fundamentalistas (un 15 por ciento). Para Tibi el fundamentalismo "es la promesa alternativa de un futuro mejor y por eso es una ideología de salvación" (p. 137) que propugna una fórmula mágica (¿utópica?). Quién, sin ser árabe, conoce algo de su mundo no puede menos que preguntarse: ¿acaso Tibi no?

El autor no duda que "mientras la cultura política del Próximo Oriente sigue marcada por el "colectivo" del fundamentalismo islámico y el nacionalismo integral, los frágiles Estados de esa región tienen pocas posibilidades de convertirse en estructuras institucionales estables. Sin un pluralismo político de tipo democrático, la consecuencia será siempre la formación de grupos étnicos con su conciencia del "nosotros" que se combatirían entre ellos" (p. 123) porque en el Islam se castiga la salida del "colectivo" (el nosotros) como una traición, con la muerte.

Como solución propone que "con la ayuda de reformas de su sistema cultural, los musulmanes deberían desarrollar una tradición islámica en el sentido de citizenship. Esto significa la separación de religión y política y la lealtad frente a los Estados seculares en los que viven, ya sea en el Próximo Oriente, en otras partes del mundo islámico o en Europa" (p. 136). En suma, "deberían dejar de ser musulmanes"... y hacerse occidentales... y liberales democráticos. Reconoce que "la democracia importa poco a las masas árabes" (p. 161), con lo cual sólo queda un nuevo "despotismo ilustrado" poco democrático "para el pueblo pero sin el pueblo". En síntesis, reemplaza su "utopía fundamentalista" por la vieja "utopía democrático-iluminista".

Pero además pretende que "para los musulmanes comprendan correctamente las causas de su miseria económica y de la crisis de su civilización es necesario que reconozcan hasta qué punto es inevitable una reforma cultural de la doctrina religiosa misma" (p. 138). O sea acepten una religión racionalizada,

secularizada. No olvidemos que en otras partes de su obra ensalza las teorías de un Islam racionalizado como el que propugnaran Avicena y Averroes.

Luego analiza las peculiaridades de los casos de Argelia, Iraq, el Sudán, Egipto previo a estudiar la guerra del Golfo –percibida por los musulmanes como otra cruzada de Occidente contra el Islam (en su concepción cíclica de la historia)–, circunstancia que –afirma– los políticos occidentales –preocupados sólo por el control del petróleo– no vieron.

Finalmente se dedica a las perspectivas después de la guerra del Golfo. El 2 de agosto de 1990 fue una cesura en el Próximo Oriente: “la hora de la muerte al sistema de Estados árabes” (Yamil Matar, p. 299). Así anticipa la “libanización” del Iraq, la imposibilidad que Occidente estructure el Próximo Oriente desde afuera como lo hizo con la Europa de post-guerra, una presunta presión de democratización (sic) para socavar la legitimidad de las monarquías tradicionales, la aparición de una nueva clase media por el petróleo que altera el orden social.

Para el autor, los conflictos del Próximo Oriente tienen una dinámica propia y la Guerra Fría sólo los dinamizó, pero su fin no los eliminará. En su opinión, la guerra del Golfo forzó que árabes y judíos se sentaran a negociar (¿?) y concluye que el tema del Iraq y el problema palestino serán las dos grandes cuestiones pendientes en el futuro inmediato.

Tibi afirma en el prólogo que escribe como una persona “fórmada en el pensamiento europeo” (cartesiano) pero aceptando el “ámbito cultural árabe musulmán” de donde procede, ya que nació en Damasco; pero también advierte que “sólo en Europa aprendí a comprenderme a mí mismo como sujeto autónomo” (p. 12); acepta que vive la tensión entre ambos mundos (p. 16) pero no aclara cómo la vive. Es el interrogante que nos deja la lectura de su recopilación de artículos. En síntesis, nos encontramos ante un “demócrata liberal” emigrado y desarraigado que trata de explicar el mundo árabe desde su infancia.

El resultado es un libro interesante y documentado –con buena bibliografía actualizada– pero unilateral y riesgoso. Sus tesis confluyen en un Gran Occidente democrático, liberal y capitalista: un proyecto mundialista que necesita desculturizar y occidentalizar para asegurar el programado “fin de la historia”

Pero como decía Ibn Khaldún, el mundo árabe debe ser medido con sus propios parámetros, no con los occidentales; el concepto iluminista de progreso es occidental (y moderno) y no parece ajustarse a una interpretación del Islam. Sin la diversidad cultural –que debemos defender– el mundo –como reconoce Fukuyama– será, al menos, muy aburrido.